

Juan Marín

Egipto y el canal de Suez



Hay países que son víctimas del imperativo ineludible de su situación geográfica: son los pueblos a quienes el historiador Arnold J. Toynbee llama “marcas” o “zonas marcadas” y a los cuales Mircea Eliade aplica el denominativo de pueblos con un “justificado terror a la historia” o pueblos “antihistóricos”. Tal es el caso de las naciones del sudeste de Europa que, a lo largo de veinte siglos, han debido soportar el paso de los hunos, los mongoles, los eslavos y los otomanos. Egipto, en la orilla opuesta del Mediterráneo y ubicado como llave o puente de comunicación entre Occidente y Oriente, es también una de estas “zonas marcadas”. Ya entre los siglos XVIII y XVI a. C., los hicsos o nómades del Desierto del Este invadieron el Imperio Faraónico, fundando las dinastías de los “Reyes Pastores” y poniendo a saco el Imperio. En el año 525 a. C. los persas con Cambises y luego Darío I, Artajerjes y Darío II sembraron de nuevo el terror en el Valle del Nilo, seguidos por una segunda invasión persa en el año 341 a. C., bajo Artajerjes III y Darío III. El año 332 a. C. vio llegar a los griegos bajo Alejandro Magno y el año 30 a. C. a los romanos con Julio César y luego Augusto. El siglo VII es el de la gran Cruzada musulmana que sometió el Imperio Egipcio al Islam. Y en siglos posteriores arribaron a las costas egipcias los

franceses y los británicos. Aparte de estas invasiones y ocupaciones del país, Egipto vió en el siglo XIII a. C. una ocupación siria y en el siglo X a. C. una incursión de los nómades del Desierto del Oeste, fundadores de las Dinastías Libias en el Delta. En el siglo VII a. C. los invasores entraron desde el sur, a lo largo del Nilo: son las Dinastías etíopes que también gobernaron el Imperio. Igualmente debemos mencionar aquí una invasión no militar pero sí espiritual, la penetración del cristianismo, con San Marcos, en los primeros años de la Era Cristiana: Egipto fué uno de los primeros países en convertirse a la fe de Cristo: los herederos de ese período son los actuales Coptos.

Así pues, todas las grandes tensiones que se han producido en el mundo civilizado han encontrado inmediata repercusión en el país de las pirámides: ya hemos mencionado a esos dos grandes creadores de tensiones mundiales que han sido Alejandro el Macédonio y César: ambas poderosas marejadas han venido a golpear reciamente en las playas del Delta.

Y en los tiempos modernos, cuando Napoleón "el Grande" quiso asestar un golpe definitivo al corazón del Imperio Británico, volvió sus ojos, no a las islas brumosas del Mar del Norte, sino a la India, la "joya más preciada en la Corona del Imperio". Y para eso debía empezar por ocupar Egipto. De allí su fracasada expedición a la desembocadura del Nilo y su célebre contacto con las pirámides, al pie de las cuales dió batalla a los mamelucos.

Iguals planes con idéntica intención y análogo fracaso motivaron la campaña de Hitler y del "zorro", Rommel —el mejor de sus generales—, en Africa del Norte. Si Montgomery no logra detener a Rommel en El-Alamein, que es como quien dice en los arrabales de El Cairo, otra hubiera sido la suerte de la Guerra Mundial II y otra la historia del mundo contemporáneo.

Pero la aventura de Napoleón I había servido para abrir los ojos al gobierno de Su Majestad Británica acerca del grave peligro que significaba tener un punto vulnerable en la "ruta de las Indias". Si Napoleón había fracasado, bien pudieran suceder que otros tuvie-

ran éxito. Había, pues, que proteger en forma que diera absolutas garantías a Inglaterra, este puente, este "noeud vital" que une el Mediterráneo con el Mar Rojo y el Océano Indico.

En aquel tiempo la ruta por Sudáfrica se consideraba larga, remota e insegura y el Canal de Panamá aún no existía.

Ya en la campaña napoleónica hubo ingleses que combatieron del lado de los egipcios o mejor dicho de los mamelucos, porque la verdad es que en esa época Egipto no era libre sino que estaba gobernado por un pueblo extranjero de origen turco: los mamelucos. El jefe de la nación era el Sultán de Turquía, quien ejercía su mandato a través de un khedive nombrado por él.

En aquel tiempo apareció en escena Mohamed Alí, el fundador de la última dinastía, el cual sin ser egipcio sino turco de origen albanés, mediante un "coup militaire" se proclamó soberano del pueblo egipcio y obtuvo del Sultán la legitimización de su khedivato. Durante el período de Mohamed Alí, Egipto alcanzó un notable estado de progreso y eficiencia, particularmente desde el punto de vista militar, habiendo ocupado el Sudán, Arabia, Siria y aun parte del Asia Menor. El logró despertar en los egipcios un fuerte sentido de patriotismo y de cohesión, desconocido en los últimos años. A la muerte de Mohamed Alí, de su hijo Ibrahim y de su sobrino Abbas I (asesinado en 1854), subió al trono Said Pasha, hijo también de Mohamed Alí. Este monarca, hombre ya de cierta edad al asumir el khedivato, había sido educado en Francia e Italia, en donde había hecho amistad con el francés Ferdinand de Lesseps, hombre extraño y genial, que soñaba con la construcción del Canal de Suez. La idea del canal no era, sin embargo, cosa nueva, pues los faraones (con Senusret I, 1970-1936 a. C. y con el Faraón Nekko), y los árabes y aún los turcos habían contemplado esta obra como una posibilidad y una necesidad. Fué Said Pasha quien concedió a su amigo de Lesspes, en 1854, el derecho de construir un canal. Y con ello comienzan la serie de complicaciones nacionales e internacionales que habrían de dar lugar más tarde a la ocupación de Egipto por los ingleses.

Con la firma del khedive y el visto bueno del Sultán de Turquía, de Lesseps obtuvo un contrato cuyos puntos principales eran: 1) Derecho a formar una compañía para excavar y explotar un canal que una el Mar Rojo con el Mediterráneo; 2) Esta compañía tendrá derecho a explotar los beneficios del canal por 99 años desde que él sea navegable, o sea, desde 1870 hasta 1968; 3) Esta compañía excavará también un canal desde el Nilo, en las cercanías de El Cairo hasta Ismailia, pudiendo vender el agua de ese canal para irrigación a los agricultores que lo soliciten; 4) Esta compañía podrá ocupar las minas y canteras que necesite sin pagar costos ni impuestos; 5) La compañía deberá terminar sus trabajos en el plazo de seis años salvo inconvenientes insubsanables; 6) El gobierno egipcio se compromete a dar a la compañía todos los sitios y edificios que ella necesite, a eximirla de todo pago de impuestos para maquinarias u otros artículos que importe y se compromete, también, a proporcionarle mano de obra gratis, manteniendo permanentemente para ese efecto 25,000 operarios egipcios (que se reemplazarán cada tres meses) a disposición de la compañía; 7) A la expiración de los 99 años de plazo, el canal y toda la propiedad de la compañía pasará a poder del gobierno egipcio; 8) El canal y sus puertos serán neutrales permitiendo la libre navegación por igual para los barcos de todas las nacionalidades siempre que paguen los correspondientes derechos y cumplan con los reglamentos; 9) La compañía no tendrá derecho a conceder preferencias a ninguna nación, empresa o persona en el uso del canal, y 10) La compañía pagará anualmente 5% de su valor a los accionistas y acumulará otro 5% como reserva; el gobierno egipcio recibirá un 15% de los beneficios restantes.

Se ve, por lo expuesto, que lo que el khedive concedió a de Lesseps fué nada menos que "trabajo forzado" a expensas del pueblo egipcio. Para mantener en labor a esos 25,000 operarios —que morían en enormes proporciones diezmados por la fatiga, las enfermedades, la desnutrición y el infernal calor de las arenas— el gobierno tuvo que recurrir a la conscripción forzosa de "trabajo en

masa", acaso como en los tiempos de las faraones de la IV dinastía cuando levantaron las grandes pirámides. Estallaron motines y revueltas en distintos puntos del país y, a la muerte de Saíd I, habiendo subido al trono el khedive Ismail, éste decidió poner fin a tal situación. Para conseguirlo pidió ayuda al Sultán de Turquía, el cual a su vez intervino ante el gobierno de Francia. La eliminación de esta cláusula tan fundamental en el contrato, no fué fácil. De Lesseps recurrió a su vez ante el Emperador Napoleón III, quien era amigo de Ismail Pasha. El resultado fué que la compañía aceptó relevar a Egipto de su obligación, pero exigió indemnizaciones. Y aquí comienzan los descalabros financieros que habrían de acarrear la pérdida de la independencia del país. Indemnizaciones significaron, naturalmente, empréstitos de parte de una banda de usureros internacionales. Y Egipto tuvo que renunciar a sus acciones en la compañía, es decir, a lo único que tenía dentro del canal. Egipto debió pagar a la Compañía del Canal de Suez: treinta y nueve millones de francos por incumplimiento de la cláusula ya citada, 30.000,000 como indemnización por tierras que el gobierno recuperó de la compañía, 14.000,000 por los trabajos de excavamiento del Canal de Ismailia, etc. Y es en estos momentos que aparece en escena Inglaterra: ocupaba a la sazón el cargo de Primer Ministro en Londres, Disraeli, el célebre anglo-judío biografiado por André Maurois. Disraeli, campeón del expansionismo imperial de la Reina Victoria, vió en la crisis egipcia una magnífica oportunidad para asegurar la ruta de las Indias y, al efecto, con la suma de cien millones de francos adquirió los 176,000 bonos que Egipto poseía en la Compañía del Canal, operación que se hizo a través de la Casa de Banca de los Rothschild.

Como la bancarrota del gobierno egipcio no sólo no mejoraba sino que se agravaba por causa de otras expensas (campana de Abisinia, celebraciones fastuosas de la inauguración del canal, obsequios al Sultán de Turquía, a la Emperatriz Eugenia y otros monarcas y príncipes europeos), Inglaterra decidió enviar a El Cairo, en 1875, un consejero financiero para que informara. El infor-

me emitido por este consejero fué categórico: el Egipto se encuentra en plena bancarrota y los países interesados deben nombrar sin pérdida de tiempo una comisión controladora de sus finanzas. Los países interesados no eran sino dos: Inglaterra y Francia. Y así fué cómo, en 1876, Ismail Pasha creó la "Comisión de Control" formada por dos miembros, un francés y un inglés, con derecho para inspeccionar y controlar todas las cuentas de la nación. Desde ese momento Egipto perdió su independencia política, pues estos dos controladores tenían un poder superior a los ministros del gabinete y aún al propio khedive. Desde ese año una larga e ininterrumpida cadena de intrigas se desarrolla en el país durante las cuales los cónsules de Inglaterra y Francia actuaban por encima del gobierno en las más importantes materias y hasta en la designación del khedive.

En 1882 tuvieron lugar en Alejandría ciertos sangrientos sucesos conocidos con el nombre de la "masacre de Alejandría" en los que extranjeros y egipcios sufrieron pérdidas de vidas. Según los historiadores británicos los egipcios atacaron a indefensos civiles ingleses en sus hogares y oficinas; según los egipcios estos incidentes fueron provocados por agentes del "Secret Service" británico para dar pretexto a una acción militar. En efecto, el 11 de julio de 1882 la flota británica bombardeó Alejandría y en septiembre de ese mismo año el ejército inglés ocupó militarmente el país, expresando el gobierno de Londres que el objeto de la ocupación era: 1) Restaurar la paz y el orden, y 2) Proteger el trono del khedive. Naturalmente, en pos de las fuerzas militares vinieron los civiles y no hubo una sola repartición de la administración pública en la cual no se instalara un grupo de funcionarios británicos en posiciones llaves.

Mientras tanto el país seguía endeudándose y los asuntos del canal enredándose de tal manera que en poco tiempo el gobierno egipcio había perdido toda influencia en los asuntos del canal, entendiéndose las potencias directamente con el Sultán de Turquía.

En el momento en que los ingleses llegaron a Egipto, el país alcanzaba por el sur hasta la línea ecuatorial, incluyendo los gran-

des territorios que se extienden en torno a los grandes lagos Alberto y Victoria; por el este sus límites llegaban hasta el Mar Rojo y Golfo de Adén; por el sureste hasta el Océano Indico; y toda la costa en el Mar Rojo desde Suez hasta el estrecho de Bab-el-Mandel era egipcia. Desgraciadamente para este país, una rebelión armada, la revuelta de "El Mahdi", estalló en el Sudán en 1881 y se prolongó por varios meses. Los ingleses vieron en aquel alzamiento político-religioso una oportunidad magnífica para extender su dominio al Sudán y al efecto ordenaron el retiro de todas las tropas egipcias del Sudán reemplazándolas por inglesas. Al mando de ellas fué el célebre general Gordon, llamado "Gordon el Chino" por sus memorables campañas en defensa del trono Manchú en China durante la revuelta de los "Taipings", encabezados por un chino que se decía "Hérmanno menor de Jesucristo". Gordon perdió la vida en la campaña del Sudán, en 1884, pero dejó a los británicos firmemente instalados en aquel territorio. Después de Gordon apareció en la escena africana el también célebre Stanley quien puso fin al reinado de los derviches en 1891.

Todas estas arbitrarias acciones de los ingleses, que actuaban en Egipto como en tierra conquistada, declarando, sin embargo, ante la faz del mundo que estaban ahí sólo para restablecer la paz y el orden y para proteger al khedive en su trono, no podían pasar sin despertar una intensa reacción de desagrado y de protesta en el país. Ciertamente es que el invasor siempre encuentra elementos "colaboracionistas" que se prestan para servir a los nuevos amos a cambio de las granjerías del poder. En Egipto los ingleses encontraron esta clase de elementos. Sin embargo, la clase intelectual, en que siempre hallan eco los movimientos libertarios, se rebeló contra la ocupación indefinida de su país. El precursor y profeta del nacionalismo egipcio fué un joven abogado educado en Francia llamado Moustapha Kamel. Desde 1895 hasta el año de su prematura muerte, en 1908, este hombre inteligente y activo no se dió tregua recorriendo Europa y golpeando a las puertas de todos los gobiernos en demanda de ayuda para su país. Con toda justicia él es consi-

derado como el fundador del partido nacionalista del cual echó las bases en El Cairo en 1907. El partido que él fundó se llamaba el "Partido de Evacuación" y para oponerse a él, Lord Cromer organizó un grupo de "colaboracionistas" con el nombre de "Partido de la Nación".

A la muerte de Moustapha Kamel, su partido eligió como líder a Mohamed Farid Bey quien, digno sucesor del primero, luchó incansablemente por la misma causa hasta su muerte en el año 1919. Los puntos principales del programa nacionalista bajo Farid Bey eran los siguientes: 1) Declarar la ilegitimidad de la ocupación y la necesidad imperiosa de una pronta evacuación de las fuerzas británicas; 2) Obtener la restauración de las normas constitucionales; 3) Declarar la nulidad del acuerdo que coloca al Sudán bajo un condominio anglo-egipcio, y 4) Luchar por la abolición de la legislación punitiva contra delitos políticos y de prensa.

Durante todo este tiempo, el gobierno británico había estado diciendo al mundo, en todos los tonos, que su intención no era permanecer en Egipto ni un día más de lo estrictamente necesario para establecer el orden y proteger el trono del khedive. En 1881, Sir Edward Malet, cónsul general de Gran Bretaña en Egipto, declaraba: "El gobierno de Su Majestad nunca ha contemplado la ocupación ni menos la anexión de Egipto. Su sola intención es preservar la soberanía del Sultán y la autoridad del khedive". Igual cosa, casi textualmente, decía ese mismo año, Lord Granville, Ministro de Relaciones Exteriores de su patria, a los embajadores de Turquía y de Rusia en Londres. En su "Discurso del Trono", en 1882, la Reina Victoria expresaba: "Haré todo lo que pueda para que los derechos nacionales e internacionales sean preservados en Egipto". Ese mismo año, el Primer Ministro Gladstone, hablando en la Cámara de los Comunes, declaraba: "Inglaterra no tiene ambiciones en Egipto y su único objetivo al enviar tropas allí es restaurar la perdida autoridad del khedive. Declaro con toda buena fe y sinceridad ante la faz del mundo civilizado que Inglaterra, lejos de actuar movida por mezquinos intereses, está allí actuando en

beneficio de todas las naciones. Hemos ido a Egipto para salvar a su pueblo de un despotismo militar. Inglaterra tiene una conciencia limpia y carece de motivos ulteriores o fines inconfesados; por lo tanto le asiste el derecho de pedir al mundo civilizado que confíe en su palabra y que simpatice con ella". En 1883, Gladstone decía de nuevo ante el parlamento británico: "El gobierno de Su Majestad nunca ha contemplado la anexión o el protectorado sobre Egipto, pues ese acto sería una mancha en el honor de Gran Bretaña". Y Sir Charles Dilke en la Cámara de los Comunes: "El gobierno de Su Majestad rechaza y se opone con todas sus fuerzas a la idea de anexión de Egipto, haciendo con ello honor a sus pactos internacionales, a sus abiertas promesas y a su prestigio mismo que está en juego". En 1884, Gladstone de nuevo expresaba en la Cámara de los Comunes: "El gobierno británico pondrá término a su ocupación militar de Egipto en 1888. Todo intento de parte nuestra de faltar a esta promesa comprometerá el honor de la nación".

En 1886, Lord Salisbury, Primer Ministro, hablando en la Cámara de los Lores, decía: "Por respeto a nuestras promesas anteriores y en cumplimiento del Derecho Internacional, el gobierno británico no podrá jamás declarar un protectorado sobre Egipto". Ese mismo año, Lord Salisbury, en nota al embajador de Francia, le decía lo siguiente: "Está Vuestra Excelencia completamente equivocado si cree que nosotros intentamos quedarnos en Egipto. Nuestra demora en salir de allí se debe únicamente a que deseamos salir con honor, pero le aseguro que nuestra decisión de evacuar Egipto está ya definitivamente tomada". En 1889, el mismo Primer Ministro, hablando en el parlamento, reiteraba: "El gobierno de Su Majestad no puede proclamar un protectorado sobre Egipto o prolongar la ocupación de ese país porque el hacerlo significaría violar sagrados compromisos internacionales".

En 1894, el Ministro de Guerra británico, hablando en la Cámara de los Comunes, explicaba: "La ocupación británica de Egipto es sólo temporal; continuarla significaría una violación de nuestras formales obligaciones y traería descrédito sobre el honor de

Gran Bretaña ante los ojos de Europa". En 1898, Lord Salisbury, retornado al cargo de Primer Ministro, en nota al embajador de Francia, le repetía: "El Valle del Nilo ha sido siempre y todavía lo es, propiedad de Egipto".

A pesar de todas estas declaraciones, las tropas y los civiles ingleses seguían en Egipto y los nacionalistas libraban una dura y perdida batalla al tratar de hacerlos partir. Por todas estas promesas y protestas de inocencia —que son sólo algunas elegidas entre muchísimas otras— se comprenderá que el pueblo egipcio haya perdido la fe en la palabra empeñada por el gobierno británico. Más de setenta años hace a que la primera promesa de evacuación fué solemne y oficialmente formulada, pero los ingleses siguen todavía en nuestros días en Egipto.

El estallido de la Guerra Mundial I encontró a Egipto en una difícil y extraña posición: política, histórica y religiosamente, él se hallaba unido a Turquía puesto que la "Sublime Puerta" era quien designaba al khedive y quien, por lo menos teóricamente, gobernaba el país.

Siendo Turquía una aliada de Alemania en la llamada Triple Alianza, lo lógico era que Egipto se hubiera plegado a este bando. Pero sucedía que en suelo egipcio había tropas británicas con el nombre de Fuerzas de Ocupación y, justamente, Inglaterra se hallaba en el bando opuesto a Turquía, o sea, en la Triple Entente. El gobierno británico vió aquí una ocasión única para consolidar su dominación sobre Egipto y, al efecto, por un acto unilateral con escasos precedentes en la historia del Derecho Internacional del mundo, declaró en 1914 su protectorado sobre Egipto. Junto con tal cambio de estatuto, Inglaterra estableció en Egipto las más severas medidas de orden político y militar, en el hecho, la ley marcial. Fueron abolidas todas las garantías constitucionales, se introdujo la censura de prensa más estricta, se llevó a efecto la conscripción militar de los egipcios como "fuerzas auxiliares" en el ejército británico, se arrestó y deportó a la isla de Malta a la mayoría de los dirigentes nacionalistas. Se fué aún más lejos; se arrojó de su

trono al khedive y se puso en su lugar a un hombre más dócil y acomodaticio, el príncipe Hussein Kemal. En 1917, a la muerte de Hussein, el gobernador británico, Reginald Wingate, ofreció el trono a diversos príncipes que lo rechazaron, logrando finalmente la aceptación del que fué Rey Fouad I, padre del Farouk I, recientemente destronado, quien vivía modestamente en Italia y en difíciles circunstancias económicas. Fouad debió someterse a una cláusula que ninguno de sus parientes había aceptado: debía expresar por escrito su reconocimiento de haber sido nombrado por los ingleses y de que su sucesión también tendría que ser aprobada por el gobierno británico. El acta de ascensión al trono dice así, en la parte pertinente: "En acuerdo con el Poder Protector hemos ascendido al trono de Egipto, el cual después de nuestra muerte pasará a nuestros herederos en conformidad con la Ley de Herencia que conjuntamente será redactada por nosotros y por el Poder Protector".

De este modo Egipto, durante la Guerra Mundial I, descendió del rango de país ocupado al de "Protectorado Británico".

La guerra, como se sabe, terminó con la victoria de Inglaterra y sus aliadas y el Tratado de Paz empezó a ser discutido en Versalles. Los líderes nacionalistas, prisioneros en Malta, pidieron ser oídos, mas no lo consiguieron. Los únicos que podían, por consiguiente, presentar el caso egipcio ante el mundo eran los "colaboracionistas", los amigos de Inglaterra que estaban en libertad y que ocupaban algunos puestos importantes en El Cairo. Y así sucedió. Fueron éstos quienes llevaron el caso de su patria a Versalles.

La primera desilusión la tuvieron cuando el Presidente Wilson aprobó el Protectorado británico sobre Egipto. La segunda cuando la Conferencia de Versalles, oficialmente, adoptó igual conducta. Este fracaso de los nacionalistas egipcios en Versalles es un triste episodio en la historia del Derecho Internacional y frente a este fracaso de los líderes egipcios vieron una sola solución: la revolución. Y el instrumento indicado para realizar esa revolución no podía ser otro que el partido nacionalista fundado por Moustapha Kamel y desarrollado por Farid Bey. Pero el partido se encontraba —según

ya dijimos— deshecho y desorganizado, con sus jefes en exilio o en prisión y no podía asumir las responsabilidades de la hora. Se dió entonces el caso curioso de que la revolución fué hecha por los mismos elementos moderados, por los amigos de Inglaterra, por los simpatizantes con la causa de la Triple Entente durante la recién pasada guerra, o sea, por los que se agruparon posteriormente en el llamado partido del "Wafd". Es importante anotar estas circunstancias porque si la revolución hubiera sido hecha por los nacionalistas auténticos no hubiera habido negociaciones ni concesiones. Pero habiendo sido hecha por los moderados, el resultado fué una solución hecha a base de transacciones y acomodos en que los ingleses se iban y no se iban, devolvían a Egipto su libertad y no la devolvían. Y son esos arreglos y esa victoria pírrica obtenida por los moderados el nudo de todo el enredo actual.

En la revolución egipcia, aparte de las razones políticas, hay también móviles determinantes de carácter económico. La economía del país había salido de la etapa caótica de tiempos de Ismail Pasha, pero no por eso se encontraba en mejor estado. Los intereses extranjeros la habían penetrado a fondo sin contar todavía con que el pueblo egipcio tenía que pagar los gastos del ejército de ocupación y había debido hacer una fuerte contribución para gastos de guerra. El jefe de la revolución fué un político de brillante inteligencia y de elocuente oratoria: Saad Zagloul Pasha, Vicepresidente de la Asamblea Legislativa, antiguo miembro del "Partido de la Nación" formado por Lord Cromer, y amigo de confianza de éste. En 1919, Saad Zagloul, convencido ya de que se había abusado de la buena fe del pueblo egipcio y de que no se podía ir más lejos por el camino de las humillaciones y el deshonor, inició su campaña libertaria, encontrando desde la partida la tenaz resistencia de las autoridades inglesas. La atmósfera fué caldeándose y motines y revueltas estallaron en diversas partes del país, particularmente en el Alto Egipto. Londres llamó entonces a Lord Cromer —considerado demasiado blando— y envió a El Cairo en su lugar a Lord Almeyby, un militar, como Alto Comisionado y "pacificador". Los deta-

lles de estas luchas son largos, crueles y sangrientos, y no interesan a nuestro objetivo.

Vinieron comisiones, unas tras otras, de las cuales la más importante fué la de Lord Milner, en 1920. Hubo numerosos atentados terroristas contra los políticos que aún colaboraban con el poder ocupante. El líder Saad Zagloul, después de una violenta entrevista con Lord Curzon, en Londres, fué arrestado y deportado a las islas Seychelles, en forma muy similar a como acaba de hacerlo el gobierno de Francia con el Sultán de Marruecos.

Finalmente, el gobierno británico, por declaración del 28 de febrero de 1922, llamada la "Declaración de Febrero", derogó el Protectorado, reconociendo la soberanía e independencia de Egipto. Pero esa soberanía e independencia quedaban limitadas por cuatro condiciones: Inglaterra se reserva: 1) la protección y defensa de las "rutas imperiales"; 2) la defensa de Egipto contra cualquiera agresión extranjera; 3) la protección de los intereses extranjeros en Egipto, y 4) la mantención del Sudán. Como se comprenderá, estas cláusulas anulan toda soberanía e independencia. En medio de una fuerte oposición de los nacionalistas, dirigidos ahora por Saad Zagloul, el partido del "Wafd" redactó una Constitución, reunió una Asamblea Nacional y el Rey Fouad I pasó a ser su monarca constitucional. Numerosos tumultos y desórdenes tuvieron lugar en forma constante durante los años 1924, 25, 26 y 27 hasta el año 1928 en que un nuevo Tratado empezó a ser discutido entre ingleses y "wafdistas". Ese Tratado tuvo una tan larga y penosa gestación que sólo llegó a cristalizar en 1936.

Este llamado "Tratado de 1936", constituye otra simple parodia de independencia. Egipto se compromete a conceder a Inglaterra no sólo el derecho a mantener tropas en su suelo, sino también a darle sitios, aeródromos, barracas y establecimientos de toda clase para esas tropas. A expensas del tesoro egipcio queda también la obligación de construir una red de caminos y ferrocarriles estratégicos. Con respecto al Sudán, el Tratado estipula que el Condominio establecido en 1899 continuará igual: habrá un Go-

bernador General, nombrado por Inglaterra, a cargo de la administración civil y de todas las fuerzas militares británicas, egipcias y sudanesas, en el territorio sudanés. Igualmente el Tratado establece la obligación de Egipto de mantener una Misión Militar británica para entrenamiento de sus tropas, debiendo las armas y municiones del ejército egipcio ser del mismo tipo que las del ejército británico. La cláusula 7.^a del tratado expresa claramente que, en tiempo de guerra, Egipto debe poner a disposición de Inglaterra sus puertos, aeródromos, vías de comunicación, teléfonos y telégrafos y que a la discreción entera de Gran Bretaña queda el establecimiento de la Ley Marcial en suelo egipcio. En el campo judicial se mantienen las llamadas "Cortes Mixtas" y para el caso de toda nueva ley referente a extranjeros, Egipto se compromete a seguir la legislación civil y financiera existente en otros países. La cláusula 12 fija en términos perentorios "la obligación del gobierno egipcio de proteger y salvaguardar la vida y propiedad de los extranjeros".

Este "Tratado de 1936" fué, desde el principio, combatido por el "Partido Nacionalista" ahora llamado "saadista" o Partido del "Saad" (del nombre de Saad Zagloul), y su responsabilidad reposa entera sobre el partido del "Wafd" que estaba en el poder en esa época hasta 1946 y de nuevo desde 1949 hasta la caída de Farouk I, en 1952.

En el año 1939, el estallido de la Guerra Mundial II vino a poner en funciones con todo su vigor el "Tratado de 1936". Ninguna de las cláusulas que permitía a Inglaterra ejercitar su más absoluta autoridad sobre Egipto, fué olvidada. El embajador británico, Sir Miles Lampson, adoptó desde el primer instante una actitud de mano firme y dura. Con el ejército ítalo-alemán al borde mismo de la frontera egipcia en el Desierto Occidental, la seguridad de Egipto era muy precaria. Y cuando los estampidos de los cañones alemanes llegó a escucharse en Alejandría, Sir Miles Lampson, a bordo de un tanque, rodeó el palacio real y obligó a Farouk a cambiar su gabinete, poniendo en el poder de nuevo al "Wafd" con Nahas Pasha a su cabeza. Se ha dicho para justificar esta actitud que el

gobierno británico tenía informaciones y pruebas de la connivencia de algunos dirigentes políticos y aun del trono mismo egipcio, con las potencias del Eje nazi-fascista, particularmente a través de canales italianos (la familia real italiana, ligada por muy grande amistad con la familia real egipcia): así lo ha dicho Sir Alexander Cadogan posteriormente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pero esto no está probado y sólo el tiempo podrá demostrarlo, cuando se escriba la historia de la pasada guerra.

El hecho es que la arrogante actitud británica durante el período de la Guerra Mundial II repercutió de tal manera sobre el estado de ánimo de la población que el "Wafd" cayó verticalmente del poder en las elecciones de 1946, siendo reemplazado por los nacionalistas del partido "Saad", con Nokrachi Pasha a su cabeza.

Y fueron ahora éstos, quienes actuando de la misma manera que lo habían hecho sus precursores al término de la Guerra Mundial I, decidieron poner término al tutelaje británico apelando a la justicia internacional, o sea, presentándose a la nueva Liga de las Naciones recién creada en San Francisco con el nombre de "Organización de las Naciones Unidas".

Fué el propio Nokrachi Pasha quien en 1947 alegó el caso de Egipto ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en dramático tono y graves circunstancias. Pero, desgraciadamente, la historia se repite, y el fracaso de Versalles se produjo de nuevo en Lake-Success: el Consejo de Seguridad, al no pronunciarse ni en uno ni otro sentido con respecto a la demanda perentoria de Egipto de que Inglaterra retirara sus tropas de la Zona del Canal, hizo fracasar las justas expectativas de aquel país. Indirectamente, fué un triunfo para Gran Bretaña, ya que el *statu quo* no sufrió modificación alguna.

Esta derrota reagudizó el sentimiento nacionalista egipcio, llegando en los años 1938 y 39 —en que nosotros vivimos en El Cairo—, a una verdadera ola de xenofobia alimentada principalmente por una secta secreta de fanáticos llamados "Los Hermanos Musul-

manes", autores de numerosos atentados terroristas y crímenes políticos.

Este agudo sentimiento nacionalista se encauzó en dos sentidos que han jugado papel decisivo en la vida política de Egipto en los últimos cinco años: la formación de la "Liga de los Países Árabes" cuyo liderato incontestado asumió Egipto (siendo sus otros miembros: Arabia Saudita, Yemen, Siria, Líbano, Irak y Transjordania, hoy Jordán); y la Guerra de Palestina en la que los ejércitos de Egipto y de los demás países árabes se enfrentaron con el Estado Israel, tratando de impedir por la fuerza de las armas el nacimiento de este nuevo Estado surgido de la postguerra.

Los ejércitos árabes y particularmente las tropas egipcias, sufrieron un descalabro militar de primera magnitud, no habiendo conseguido sus objetivos y siendo por el contrario rechazados con fuertes bajas y con pérdida de territorios, circunstancia esta última que dió motivo al desplazamiento de grandes masas de pobladores árabes huídos del territorio de Palestina. Este hecho ha creado un nuevo problema a las Naciones Unidas, el de los "refugiados palestinos" que suman casi un millón y que ha aumentado la beligerancia y fricción entre el mundo árabe e Israel.

La repercusión de estos fracasos militares en Egipto fué enorme: el gobierno "saadista", encabezado ahora por Ibrahim Abdel Hadi Pasha (pues Nokrachi había sido asesinado por "Los Hermanos Musulmanes" en el propio recinto del Ministerio del Interior y a pesar de las fuertes precauciones de protección tomadas), cayó y fué reemplado una vez más por el "Wafd" con el veterano Nahas Pasha como líder.

La conducta privada del Rey Farouk I, que había divorciado a su primera esposa la popular reina Farida, y había esposado, en circunstancias poco gratas a la opinión pública, a la joven reina Narrimán, comprometió seriamente la popularidad del monarca. A esto se agregó un resonante escándalo de armas y aprovisionamiento en el que aparecían comprometidos altos jefes del ejército y miembros de la corte muy cercanos al rey y aun miembros de la fami-

lia real. Las derrotas de Palestina aparecían explicadas o explicables por la mala calidad de las armas adquiridas en algunos países extranjeros y en cuya adquisición se habría lucrado escandalosamente.

Así nació en las propias filas del ejército un movimiento secreto de carácter nacionalista que aspiraba a una limpieza moral en la vida política del país y a un reajuste en el sentimiento de la dignidad nacional. El 23 de julio de 1952 y después de una serie de hechos que habían creado un grave distanciamiento entre este grupo llamado de los "Oficiales Libres" y el trono, se produjo un golpe de estado que obligó a Farouk I a salir del país, abdicando el trono en favor de su pequeño hijo, fruto de su matrimonio con Narrimán (de su matrimonio anterior había sólo hijas). El "Wafd", que como dijimos era el partido en el poder, sufrió las más serias consecuencias de este "coup d'état" al pretender oponerse a él y mantener el régimen constitucional. Pero no sólo el "Wafd" sino todos los partidos políticos fueron disueltos por el nuevo régimen revolucionario. Un "Consejo de la Revolución" asumió la totalidad del poder, instalando, proforma, un "Consejo de Regencia" para mantener la continuidad dinástica durante la menor edad del príncipe heredero que había salido del país con Farouk y Narrimán. Después de algunos meses el Consejo de Regencia fué suprimido por haberse abolido la monarquía; el milenario régimen monárquico egipcio fué reemplazado por uno republicano, proclamándose el 15 de junio de 1953 al general Mohamed Naguib (el jefe del "Consejo de la Revolución") como primer Presidente de la República egipcia. Con Farouk I había terminado la dinastía turco-albanesa tan gloriosamente instaurada por Mohamed Alí "el Grande".

El nuevo gobierno ha prometido al pueblo reformas económico-sociales en lo interno y el arreglo definitivo de las cuestiones de Suez y del Sudán en lo externo. Varias leyes han sido promulgadas tendientes a abolir el régimen feudal existente en el país: de ellas la más importante es la ley de Reforma Agraria, o sea, la redistribu-

ción de las tierras, dejando un *máximum* de 200 "feddans" a cada propietario.

La cuestión del Sudán quedó resuelta el 20 de febrero de 1953, estableciendo un mecanismo que permita a los propios sudaneses determinar su futuro.

La cuestión más importante y aún no resuelta por el nuevo régimen es la de la evacuación de las tropas inglesas (actualmente 100,000 soldados) de la Zona de Suez. Al igual que todos los gobiernos que le han precedido en los últimos cincuenta años, el gobierno del general Naguib ha abierto negociaciones con los británicos, para romperlas a poco andar y volver a reabrir las. La situación se encuentra una vez más en "impasse". Inglaterra alega: 1) razones jurídicas, a saber, la vigencia del Tratado de 1936 que es válido por treinta años, o sea, hasta 1966; 2) razones estratégicas: antes de partir ella considera indispensable dejar firmado un convenio llamado el "Tratado de Defensa del Medio Oriente" que le permita el uso de bases y la mantención de técnicos permanentes en la Zona del Canal. La posición egipcia es la de que un pueblo que no es libre no puede negociar tratado alguno con el pueblo que es su opresor y que, por lo tanto, mientras no salga el último soldado británico de Egipto no puede hablarse de firmar tratado alguno. Hay, como se comprenderá, de por medio una cuestión de confianza y una cuestión de honor nacional, aparte de todas las otras razones. Un pueblo que ha sido mistificado tantas veces, según hemos visto en este somero análisis del tema, no está dispuesto a dejarse engañar una vez más. Por su parte, los británicos temen que una vez que ellos evacúen sus tropas, el gobierno egipcio se niegue a firmar cualquier tratado.

La "guerra fría" entre la Unión Soviética con los países anglo-sajones viene a complicar el problema: toda la cuestión del petróleo del Golfo Pérsico y de la protección de la costa norte del Africa inciden en el cuadro.

Por esto, Estados Unidos realiza activas gestiones a manera de un mediador oficioso en esta crisis: Wáshington ha ofrecido que

sean sus propios técnicos americanos quienes queden en Suez, pero Inglaterra prefiere que sean técnicos ingleses y Egipto que sean egipcios los que controlen el canal.

La situación continúa en una seria "impasse".

Una dolorosa enseñanza fluye de todo esto y es la de que no siempre las buenas obras pagan: he aquí un pueblo que de una manera positiva y eficaz presta su contribución al progreso del mundo cediendo una parte de su territorio para que en él se construya un canal que beneficiará al comercio, los medios de comunicación y el bienestar de la humanidad; por ironía del destino, esta contribución se traduce para esa nación en la pérdida de su soberanía e independencia, es decir, en la pérdida de aquello que es lo más esencial y preciado por el hombre. Tal cosa sucedió en Suez y cosa parecida, aunque no exactamente igual, aconteció en Panamá.